

LAS FUENTES MUSULMANAS
EN LA BATALLA DEL CAMPO DE LA VERDAD (1368)

Las fuentes Musulmanas

EN LA

Batalla del Campo de la Verdad

(1 3 6 8)

LA batalla del Campo de la Verdad es uno de los sucesos de la historia de Córdoba que más fundamentos han dado a la tradición y la leyenda.

El mismo nombre de aquel arrabal de Córdoba, al otro lado del río, que la tradición hace derivar de la batalla famosa, así como también el del Postigo de la Leche en la Catedral y otros muchos sucesos y anécdotas, han tomado origen (según la leyenda) del acontecimiento señalado.

Todo ello comprueba la ferocidad del combate. Evidentemente, Córdoba temió entonces ser recuperada por el Islam, y luchó con heroica decisión.

No hemos de describir la batalla, ni de recordar los antecedentes que la originaron. Todos nuestros historiadores la describen con singular interés. El Abad de Rute (1), Ruano (2) Moreno Marín (3), Bravo (4), Morales (5), y otros muchos, re-

(1) *Historia de la Casa de Córdoba*, por don Francisco Fernández de Córdoba, Abad de Rute, libro 3.º, capítulo VII.

(2) *Casa de Cabrera en Córdoba*, por el P. Francisco Ruano Girón, página 171.

(3) *Anales eclesiásticos y civiles de la ciudad de Córdoba*, por José Antonio Moreno Marín, en el año 1368.

(4) *Catálogo de los Obispos de Córdoba*, por el doctor don Juan Gómez Bravo, tomo I, página 312.

(5) *Historia de Córdoba*, por el doctor don Andrés de Morales y Padilla, manuscrito en la Biblioteca municipal. Además de lo mucho escrito respecto al autor de esta Historia, véase el artículo titulado *La vida del Gran Capitán*, por don Miguel Angel Ortí Belmonte, Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada, 1915, año V, número 3, página 189, en que se adjudica dicha Historia al P. Alonso García de Morales.

latan el acontecimiento a su manera, tildándoles Ramírez de Arellano (1), de poco escrupulosos en los detalles del relato.

Coinciden los modernos historiadores en que el único relato veraz de estos sucesos es la Crónica de Ayala (2), a la que se remiten. Ramírez de Arellano (3) se ciñe exclusivamente a los datos de ésta. Jaén (4), en su breve descripción de la batalla hace lo mismo.

El resumen de sucesos es el siguiente: El rey Don Pedro el Cruel establece pactos de amistad con el sultán de Granada Abulcháchach Yúsuf, y cuando éste es asesinado, en 1354, los renueva con el hijo Mohámed V. Trascurren los años, y aparece la rebelión contra Don Pedro, de sus hermanos los bastardos Don Enrique Conde de Trastámara, y Don Fadrique maestro de Santiago. Córdoba toma el partido de Trastámara, y sufre por ello terribles venganzas de Don Pedro, al someterla, que llenan de horror nuestra historia local. Pero, cuando el de Trastámara, a su vuelta de Francia, convoca Cortes en Burgos, Córdoba se levanta contra Don Pedro y francamente declara su rebeldía a favor de Don Enrique.

Casi toda la nobleza cordobesa que recuerda la venganza de Don Pedro, es partidaria de Trastámara. Los partidarios de Don Pedro son expulsados de la ciudad, prohibiéndoles la vuelta, y se hacen correrías por los lugares de Don Pedro y sus partidarios.

Aprovechando el cerco que el de Trastámara tiene puesto a Toledo, Don Pedro convoca al rey granadino para hacer algaras y venir a la conquista de Córdoba, estimando algunos historiadores que le ofreció la ciudad caso de ganarla.

«Don Pedro, cuenta Ramírez de Arellano, llegó ante los muros de Córdoba, en Mayo de 1368, trayendo consigo 1.500 caballos y 6.000 peones; y el rey de Granada traía 5.000 caballos y hasta 30.000 entre peones y ballesteros. Cuando llegaron al Campo de la Verdad encontraron defendido el Puente, y dentro

(1) *Historia de Córdoba*, por Rafael Ramírez de Arellano, impresa en Ciudad Real, 1920, tomo IV, página 124.

(2) *Crónicas de los Reyes de Castilla don Pedro, don Enrique II, don Juan I, don Enrique III*, por don Pedro López de Ayala... con las enmiendas del Secretario Gerónimo Zurita; y las correcciones y notas añadidas por don Eugenio de Llaguno Amirola, tomo I, Madrid, MDCCLXXIX, página 24.

(3) *Historia...* página 124.

(4) *Historia de Córdoba*, por Antonio Jaén, 1921, página 50.

de Córdoba a don Gonzalo Mexía, Maestre de Santiago (que se había hecho cargo del mando de la ciudad), don Juan Alfonso de Guzmán y don Pedro Muñiz de Godoy, que hacía tiempo que había llegado. Ya amenazada Córdoba, llegó en su ayuda don Alfonso Pérez de Guzmán con la gente que tenía en Hornachuelos, el cual entró en Córdoba sin dificultad, por que venía por la margen derecha del Guadalquivir y don Pedro estaba a la izquierda».

«Los cordobeses, apesar del gran ejército que tenían enfrente, no andaban muy cuidadosos en guardar los muros; así es que a los primeros envites del enemigo, se apoderó de la Calahorra uno de los capitanes mahometanos, a quien la Crónica llama Abenfaluz, y rebasando el Puente, atacó las murallas del Alcázar Viejo, abriendo en ellas seis portillos, y escalando el adarve, pusieron sobre él sus pendones. La noticia corrió por la ciudad llevando el espanto a sus moradores, que creyeron perdida la plaza. Tal fué el pánico, que las mujeres, tanto dueñas como doncellas, de todas gerarquías, se echaron a la calle con los cabellos destrenzados, llorando y pidiendo a los hombres que las amparasen y que no consintieran que el moro se las llevase cautivas. Con esta excitación se enardecieron los ánimos de los hombres y acudieron armados a los portillos, embistiendo a los moros tan reciamente que los arrojaron de ellos cayendo muchos desde el adarve abajo y haciendo buena matanza y tomándoles los pendones que habían clavado. Detrás de los moros atravesaron el Puente, recuperando la Calahorra y haciéndoles retirarse bastante de la ciudad.

»La noche se pasó por la gente pacífica, mujeres, niños y ancianos, en danzas y alegrías, y la gente de guerra, con los maestros, el adelantado y los otros caballeros, la pasaron ocupados en reparar los muros y cerrar los portillos, esperando al día siguiente un empuje mayor, porque el moro seguía considerando a Córdoba como la principal ciudad de Andalucía, por la importancia de su mezquita; y don Pedro, por odio a los caballeros cordobeses que se habían ido de su servicio, había jurado que si la tomaba la destruiría y haría arar su recinto.

»A la mañana siguiente los sitiadores volvieron a la pelea, pero al ver los muros coronados de gente de armas, se volvieron a sus tiendas, donde estuvieron algunos días, después de los cuales don Pedro se volvió a Sevilla y el mahometano

a Granada. Antes, desde el real, don Pedro dió sus pregones, declarando traidora a la ciudad de Córdoba.

«Poco tiempo después volvieron sobre Córdoba los ejércitos reunidos de don Pedro y el granadino, pero hallando la ciudad muy apercebida, no osaron combatirla».

El somero relato de Antonio Jaén (1), es el siguiente: «El pueblo entero de Córdoba, señores y vasallos nobles y ciudadanos, se defendió, y el adelantado mayor, Alfonso Fernández de Córdoba, ganó al frente de ellos la nombrada batalla del Campo de la Verdad, que dió nombre, según la tradición, a este barrio; habiendo el Adelantado, cuando salió al combate contra el rey de Granada y don Pedro, mandado cortar dos arcos del puente, para que el ejército no tuviese más camino que vencer... es legendaria la brillante actuación del pueblo de los barrios bajos, singularmente los del barrio de Santa Marina. De ella también arranca para los nobles la concesión del privilegio de «la Cepa», o sea doble funeral en todas las parroquias de la ciudad cada vez que fallece un descendiente de los nobles que tomaron parte en el combate».

Al dar cuenta de los trabajos de que más adelante hablamos, Gaspar Remiro hace el siguiente extracto de los sucesos, según la Crónica de López de Ayala: «...así que vió don Pedro como su hermano bastardo y rival don Enrique, conde de Trastámara, tenía cercada a Toledo, trató con Mohamed V que viniese a ayudarle y juntarse con él para ir sobre la ciudad de Córdoba. Acude el de Granada con un ejército de 7.000 jinetes y 80.000 peones y unido a la gente de don Pedro, atacan a Córdoba sin lograr tomarla. Pasados algunos días en el real contra Córdoba, se retira el sultán de Granada hacia su tierra y don Pedro hacia Sevilla. Más pronto vuelve a salir Mohamed V con fuerte ejército y esta vez cerca a Jaén, entra en la ciudad por asalto y sus moradores cristianos que pueden escapar de la muerte o del cautiverio, se acogen a la fortaleza. Esta es estrechamente cercada y sus defensores compran a buen precio la retirada de Mohamed y su hueste. Mas la ciudad ha sido saqueada e incendiada, destruidos sus muros y asolados sus campos.

«Otra vez vuelven don Pedro y Mohamed a juntarse contra Córdoba sin poder entrarla. Entonces parte el de Granada para

(1) Loc. cit.

el obispado de Jaén, toma por fuerza de armas a Ubeda y la entrega al saqueo y al incendio. Como en Jaén, los de Ubeda que pueden se refugian y hacen fuertes en su alcazaba. Combate el de Granada a Andújar que no logra tomar. En esos tiempos, con ayuda de don Pedro, entra en las villas de Marchena y Utrera, recogiendo gran botín y muy crecido número de cautivos. Además de esto, agrega López de Ayala, los moros rrecobraron muchos castillos, como Belmez, Cambil, Alhavar, Turón, Hardales, el Burgo, Cañete y las Cuevas e hicieron mucho daño en tierra de cristianos por la división que había entre ellos».

* * *

Esas son las referencias de la Crónica cristiana, y los relatos de nuestros historiadores locales contemporáneos. Hay en ellos lagunas, contradicciones, y sobre todo hechos inexplicables.

Algo de esto se remedia con algún autor musulmán, que describe los sucesos, y cuya autoridad es irrecusable. Nos referimos al famoso Aben Aljatib, el ilustre literato, historiador y visir del reino granadino, del que nos habla por extenso Gaspar Remiro, al reseñar la correspondencia diplomática del reino mantenida por tan ilustre personaje con ocasión de los sucesos que comentamos (1).

En este interesante trabajo, entre las frases poéticas de rigor, tratándose de musulmanes ilustrados, se describen los sucesos, como es costumbre en los historiadores islámicos, con la mayor exactitud.

En dicha serie de documentos, el ilustre visir de los Alhamares, trasmite a otros soberanos y jefes islámicos las victorias conseguidas por los ejércitos de su reino. Hay por tanto repeticiones de los mismos hechos, transmitidos a diversas personas, que nosotros transcribiremos también repitiéndolos, siguiendo la pauta seguida por el traductor de los manuscritos del Escorial.

La primera carta (2) que hace referencia a Córdoba, es la

(1) *Correspondencia diplomática entre Granada y Fez. (Siglo xiv)*, por M. Gaspar Remiro. Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, años 1912, 1913, 1914 y 1915.

(2) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 294.

publicada por Gaspar Remiro en el aludido trabajo, dirigida al Jefe de la Meca, en Octubre de 1369, y que es a modo de resumen de todos los sucesos. Dice así lo más esencial: «Y conquistamos la ciudad de Priego divisoria entre las villas musulmes, que constituía un bocado atravesado en la garganta del pueblo del Islan.

»Después cercamos la fortaleza de Iznájar, estribo de las algaras de los infieles y depósito abundante de armas; pues Dios quitó su fardo pesado, siendo perdonador de su caída.

»Luego nos dirigimos a la ciudad de Utrera, capital princesa de los infieles, bosque de los leones vencedores y albergue de las gacelas del desierto. La tomamos por fuerza de armas, siendo entregada al fuego la ciudadela y extirpados sus moradores por muerte o cautiverio. Las villas se llenaron de cautivos de los cuales se contaron millares, y de botín que excedía a toda descripción.

»Pusimos sitio a la ciudad de Jaén, cuya fama en lo que toca a la cultura, permite que se prescinda de exponer largamente las cosas que posee. Dios nos otorgó su conquista por asalto y la sometió al cautiverio y a sus defensores puso bajo los afilados sables.

»Después de esto atacamos a la ciudad de Ubeda que sirvió de modelo de ruína y destrucción.

»Luego sitiamos a la ciudad de Córdoba, metrópoli de estas ciudades infieles, mansión de abundantes beneficios, y a punto estábamos de destruir su defensa inexpugnable, de dispersar a su multitud congregada, y de añadir la fiesta de su conquista a la religión bienhechora, si no lo hubieran impedido las lluvias y el plazo fijado especialmente en el Destino. Nos retiramos de ella, después que el combate hizo temblar a la elevada montaña, y luego de prometerla nuestra vuelta, contando con la voluntad divina. Y esperamos de parte de Dios poder enviar albricias de su conquista a las ciudades del Islam y ofrecer generosamente el don precioso de esa noticia a los reyes que existan en aquellas.

»Después de Córdoba abrimos las fronteras cuyas puertas estaban cerradas, y conquistamos castillos pegados a las nubes, como el castillo de Rute, el de Havar y el de Campil, cuya vecindad llevó la seguridad al Islam y cuyas comarcas fueron pobladas por los guerreros de la fe.

»El rey de los cristianos en los pactos mutuos que teníamos

aceptados... nos cedió cuatro castillos, en los cuales purificamos las casas de Dios de las profanaciones de los ídolos y sustituimos las campanas por la palabra de la Verdad... Y la más reciente de las ciudades conquistadas ha sido la ciudad de Algeciras...»

En la carta siguiente (1), dirigida al sultán de Fez, Abúfáres Abdelazis, da cuenta con todo detalle de la conquista de Iznájar y la ciudad de Priego.

En la inserta a continuación (2), dirigida al mismo sultán de Fez, le comunica la jornada contra Utrera y su alfoz, después de haber tomado y guarnecido la fortaleza de Iznájar, que debió ser según el traductor, en la primavera de 1367. En otro documento, el visir Abenaljatib da cuenta al pueblo de Granada de la toma de Utrera (3).

Sigue otra (4), comunicando al sultán de Fez la toma de Jaén por asalto, el incendio y saqueo de esta ciudad y el asolamiento de toda su tierra, según parece en Septiembre a Octubre de 1367. Deduce Gaspar Remiro que estas campañas contra diversas ciudades andaluzas debieron comenzar en el año 1366, siguiendo durante el 1367 y 1368. Al final de esta carta, se cuenta: «Al retornar, hicimos alto ante la ciudad de Priego, gabinete de las hijas de aquellos pueblos desgraciados y cima de aquellos árboles talados, y vino a ser objeto de devastación para el torrente, de asolación para el infortunio y lugar de rapiña para peones y jinetes. Encontramos que sus habitantes habían escapado aprovechando toda la noche, y que sus casas estaban llenas de útiles y provisiones y los ganados dispersos. La rapiña se enseñoreó de ella, el goce se extendió por sus bosques de árboles, cuyas razas se entrelazaban, el fuego se pegó a sus olivares, las lenguas de aquél se inspiraban en ella con gran facundia, la ruína le produjo enfermedad en sus ojos, y el incendio la revistió con cadena de hierro».

Una siguiente carta (5), en que se da cuenta de la toma y destrucción de Ubeda, lleva la fecha de Noviembre de 1367, a continuación de la algará de Priego.

(1) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 304.

(2) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 308.

(3) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 316.

(4) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 318.

(5) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 327.

Después (1), se inserta la carta en que Mohamed V comunica al repetido sultán de Fez el resultado de la campaña contra Córdoba, en unión de don Pedro y sus partidarios, a quienes había encontrado en Casariche, para caer juntos todos sobre Córdoba. Gaspar Remiro conviene, del cotejo de fechas, en que esta campaña hubo de ser, como dice la Crónica de López de Ayala, en 1368. Dice lo más esencial de esta carta: «...ya os teníamos comunicado lo que intentábamos sobre emprender una campaña contra la ciudad de Córdoba, capital de las ciudades infieles, asiento de guerreros famosos, abundante en bondades, comarca cuyo tiempo es anterior al conocimiento del Islam y una columna a la que no se hace caer al primer golpe, pues dentro de sus murallas encierra de notables del pueblo de la Cruz, a todo arráez bravo, a todo león impetuoso en el asalto, astuto y vigilante y cuyo carácter y cualidades para estar alerta y para la acechanza son cosa bien probada y conocida, Llamamos en efecto a los musulimes de las ciudades más lejanas, hicimos oír la trompeta de la guerra santa en las partes del reino y nos presentamos ante la gente. Dimos a la harca que los musulimes habían dejado tras sí unida a los infieles de las comarcas y bandas, los aprestos que necesitaban, y derramamos las soldadas, los equipos y monturas de los hombres esforzados y bravos guerreros. Entonces se reunió la gente en el terreno, tomaron todas sus municiones y fué celebrada revista militar en fiesta feliz. La llamada había comprendido a todos, al próximo y al lejano, de grado o por fuerza, y nos pusimos en marcha, y la virtud de Dios abarcando todo y la confianza en él entera y completa, y acampamos afueras de la capital, hasta que quedaron ultimados para la gente sus aprestos y cumplidas todas sus necesidades. Conculcamos las villas cristianas con las multitudes de aquellos. Al hacer un alto de la marcha en la villa de Casariche, encontramos al sultán don Pedro que estaba esperando nuestro socorro y nuestra ayuda, queriendo sacar de los renuevos del Islam su porción de beneficio y demandando rasgar su religión con nuestro auxilio y esfuerzo. Se hallaba acampado al exterior de aquella villa y con él estaban los que habían permanecido bajo su autoridad y mantenídose en su obediencia y unión. Nuestro encuentro con aquél fué en forma tal que llevó el consuelo a los ojos de los

(1) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 335.

muslimes y dió fe del brillo y esplendor de nuestra nación religiosa, de suerte que huelga hacer toda representación, comentario o concepto sobre el particular; pues tanto él como los que le acompañaban vieron de ejércitos de Dios tal abundancia, que se quedaron absortos llegando a dudar de si sus imaginaciones se hallaban o no en estado de vigilia, al contemplar aquellas muchedumbres que con su reunión cerraban la vista de la extensa llanura, aquellos bravos guerreros que disputaban a los leones la muerte, los escuadrones victoriosos, las banderas flotantes al viento, los pueblos congregados, los gritos de la profesión de la fe que salían entre ambos horizontes, y los campamentos que ofrecían un aspecto superior a las exigencias de la vista. Entonces reconocieron lo que no habían calculado, y observaron el poder de Dios que interpretaron mal en sus inteligencias; pues hé aquí que Dios había acrecentado las tropas con gran aumento y multiplicación y había hecho cesar los defectos de aquello de que presenta excusas el que sufre y no se queja. Y a la mañana siguiente se dirigían las miradas para reconocer, y se alzaban los cuellos para observar, y se verificó la formación del centro y de los flancos y quedó el orden de la batalla tan perfecto que la vista no percibía en él defecto ni vicio alguno.

»Se vino a hacer campo a la distancia de una parasanga del río mayor (Guadalquivir) afueras de la ciudad—quiera Dios que se cumpla la promesa de su destrucción y tornarla a su fe jurada y su significación distintiva en el Islam y disipar las tinieblas de la infidelidad en los horizontes de ella por la doctrina musulímica y por sus luces—.

»Ya había avanzado de los defensores de la ciudad, un cuerpo de tropas protegido con mallas muy numeroso que se apoyaba en los muros del puente más grandes con una guardia descubierta que le tenía las espaldas, compuesta de arqueros y bravos soldados en número muy crecido.

»Entonces corrió contra ellos la caballería ligera de los muslimes y los rechazaron y vencieron, los desbarataron y dispersaron, los destrozaron con los sables, hicieron que los visitase la muerte, los dejaron como mieses segadas y les hicieron gustar de fuerte insalubridad. De ellos dejaron echados por tierra una gran multitud, todo un pueblo infiel. Se apoderaron los muslimes de una parte de aquellos muros y en ellos alzaron sus banderas flotantes y sobre ella dominaron sus firmes propósitos verdaderos.

»Los musulimes se precipitaron en el río nadando en su gran masa de agua y despreciando su vida en el sendero de Dios. Atacaron a sus defensores y enemigos situados en su orilla opuesta y los derrotaron. Se colgaron a los primeros muros y montaron sobre ellos. Y si en ese día hubiésemos sostenido firme el ataque, el éxito de las máquinas de batir y el buen orden de los peones, con seguridad hubiera sido tomada la ciudad quedando en nuestro dominio su gente y sus hijos. Más la noche infiel protegió a los impíos, aunque ya habían perecido muchos de ellos, y los musulimes hubieron de retirarse a sus campamentos, auxiliando Dios el viandante y al propósito victorioso.

»A la mañana siguiente nos lanzamos al mar, en el que habíamos puesto como navío nuestra firme resolución y en Dios la confianza segura para conseguir el deseo, y acampamos en la orilla más extrema de un modo tan fuerte y poderoso que las murallas de la ciudad estaban en vecino contacto con las cuerdas de las tiendas, y desde el interior de los campamentos alcanzaban a sus aduares los disparos de las fechas.

»Entonces los defensores de la ciudad, se mostraron ante las fortificaciones de las puertas, ofreciendo a buen precio el mercado de los gompés de lanza y de sable; más se les tornaba en el contrato con la pérdida y la ruína.

»Cuando aceleramos el combate, y teníamos ordenadas diversas embestidas para castigar a la ciudad de una manera ejemplar, sin que hubiesemos contado con el mayor o menor tiempo para hacerla cesar, hizo Dios que descendiese la lluvia, cuyo tiempo estaba prescrito de antemano y se hizo igual por su diluvio el terreno alto con el bajo.

»Fué grande el esfuerzo con este motivo, y sobrevino el quedar arma al brazo y las manos con dificultad para luchar; el tener que permanecer ante ella y procurar su asfixia y enterrarla, durante cinco días en que sus murallas no se libraron de ser embestidas, ni sus puertas de repetidos asaltos. Los combatientes abrieron brecha en los parapetos. Y era esperada verdaderamente la conquista prometida. Se desinflaron entre las gentes sus heridas y su inutilidad manifiesta. Fueron malas para ellos la tarde y la mañana por el poder de Dios. A no haberlo impedido la lluvia, ciertamente que se hubiese cumplido la promesa y la conquista, y Dios después de aquélla, es el conquistador.

»Los rostros se volvieron a destruir los cultivos, a hacer que dominase el fuego, a talar los árboles y a borrar los cimientos.

Por causa de ella fué arruinada la comarca famosa entre las comarcas, quedaron sus sembrados que se balanceaban para servir de lección a las inteligencias. Nos retiramos de ella cuando ya la revestía la ruína por todos sus límites, cuando habían sido derribados de los caballos sus magnates infieles, cuando se había retirado su humillación y despreciado como cosa vil su poderío. Y a punto estuvo de ser conquistada por fuerza de armas, si Dios no hubiera puesto para ella la promesa de otro plazo. Y fueron muertos de los bravos guerreros de ella y de sus varones distinguidos, de aquellos que descendían al combate y al choque cuerpo a cuerpo, de los que acometían por la tarde y por la mañana con bravura, un número tan crecido que su alta importancia es reconocida por los nombres de los muertos y su calidad distintiva es determinada por los varones ilustres de aquéllos. Una multitud de caballeros musulimes mostraron su ventaja en los campos de la lucha en términos casi comunes a todos ellos, así como para entregar el botín y en su habilidad para gobernar los caballos abandonados a rienda suelta en su carrera, que es la habilidad de los vencedores.

»Se verificó el traslado del ejército, cuando ya se habían completado la felicidad y el agrado y era satisfactorio el resultado de la guerra santa, habiendo producido el espanto entre los infieles el poder que resplandecía y la superioridad que era atestiguada por las lanzas y los caballos. Los musulimes pisotearon sembrados del camino por donde cabalgaban, y las mansiones en las cuales penetraron por la fuerza y saquearon, como océanos cuya costa está muy distante, y las tierras laborables cuyos frutos estaban en toda su madurez y en las que hay que excusarse de caminar en ellas, las dejaron como montón de arena y las entregaron resueltamente al dominio del fuego.

«Acamparon al exterior del castillo de Andújar...» y dá cuenta de la devastación de su término.

En la carta siguiente (1) al sultán de Fez, le comunica Mohamed V, por medio de su visir Abenaljatib, entre otras cosas, las nuevas algaras y devastaciones que ha realizado al retirarse del sitio de Córdoba, por los términos de esta capital y de la de Jaén. Esta carta es muy interesante porque en ella se dá cuenta de la segunda venida del rey de Granada sobre Córdoba, aprovechando mejor estación y solo con objeto de saquear y talar los campos, ya sin ayuda de don Pedro.

(1) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 343.

Los fragmentos más principales son: «Ello es que Nos al retirarnos del cerco de Córdoba mirando por las tropas que habían consumido sus municiones y quedado fraccionadas por la excusa de no tener su previsión necesaria a lo cual obligaban las separaciones de sus ciudades, y temiendo que se corrompiesen los víveres con el transcurso de su tiempo, nos pusimos en marcha desde aquella ciudad; pues ya nos impidió asolar por completo aquellas mieses esparcidas el tener que preocuparnos de las camisas y de que nos afligiesen los lechos del cólico; como quiera que la lluvia vino a impedir que la lengua del fuego llegase a incendiarla, a arrasarla, a explorar sus fondos bajos, a arrebatár sus ornamentos y a descubrir sus cosas íntimas.

»Entonces anduvimos ligeros en el sendero de Dios, para volver a emprender incursiones por esas comarcas enemigas en el tiempo del riguroso estío, y hacer sufrir las heridas del hambre intenso a esas bandas, con tal ligereza que no sería bastante a satisfacer la reclamación de la recompensa, y con el vivo deseo de desarraigar sus fajas de tierra. Dispensamos a los peones de continuar la fatiga y aceptamos su agrado en acompañarnos en aquella para volver al ataque.

»Nos detuvimos cerca de Córdoba con nuestro campo, a fin de arrasar por completo los montes de los beneficios, extender de un modo general a su tierra los terremotos y hundimientos, para abrasar los surcos de sus sementeras, incendiar sus diversos valles con el grano de sus mieses, entregarla al dominio de las chispas del fuego, de suerte que sus espigas ardientes vengán a ser imagen de la belleza del oro; para extender la muerte y el cautiverio por sus dilatadas alquerías, y hacer que circularsen de improviso entre sus moradores las copas de la perdición completamente llenas.

»Penetramos en las entrañas de la frontera, para hacer general el arrasamiento de todos sus beneficios, la pérdida de las provisiones a sus gentes y el desvanecimiento de las esperanzas a sus moradores. Se admiraron del rápido retorno y quedaron asombrados de que sobreviniese el hambre y la devastación de las colinas. Porque es de los posibles remotos que recupere su florecimiento anterior; pues ya han sido arrancadas las sementeras y desarraigados los árboles, toda existencia ha venido a faltar en ella y ha visto los destelios de las firmes resoluciones del Islam escapando de los cintos que ordinariamente le ceñían, y las maravillas de que se ponía en duda la eviden-

cia; puesto que este año, muy señalado por los beneficios divinos concedidos en él, ha comprendido cuatro expediciones en las cuales han sido destruidas enteramente famosas capitales, sobre sus torres fué elevada poderosa y públicamente la voz llamando a la oración, la sede del reino fué puesta en grave aprieto y hubo de gustar el tormento de la ruína. Los vientos de la victoria, si quiere Dios, comenzarán a soplar con fuerza...

»Invertimos en el interior de aquellos términos florecientes en población y agricultura, tanto que huelgan su referencia y mención, algunas jornadas que empleamos en completar la destrucción de Jaén, hicimos huir a sus gentes de la parte occidental, renovamos su aflicción, la combatimos y arrasamos completamente, pusimos las villas en el collar de la ruína, excitamos a los caballos vencedores en sus ataques y algaras contra aquélla...»

Es también de gran interés la carta siguiente, en la que se comunican los mismos hechos al sultán de Túnez Abuishac (1). Es una carta larga y detallada, en la que se refieren al pormenor todas las conquistas y asolamientos ya mencionados, comenzando por la del castillo de Iznájar, la ciudad de Priego, la expedición de Utrera, la campaña de Jaén, y el saqueo de Ubéda. La carta sigue diciendo:

«Después, nos aprestamos para realizar una incursión contra la madre de las alquerías, infieles y de los tesoros asegurados abundantes, la que es sonido de fama entre los viajeros y de buenas nuevas entre los caminantes, la ciudad de Córdoba. ¿De qué informarte? Es por su naturaleza señora de comarcas adornadas y revestidas de montañas de suelo duro y firme, de construcciones que rivalizan en hermosura, de flores lindamente coloreadas y de bellezas inacabables; donde el halo de la luna llena del cielo gira alrededor de la muralla de fuerte construcción, y la corriente de la vía láctea de su río, el que se desborda como sable que se desliza suavemente de su funda, se une a aquella amigablemente, y las ruedas de sus norias equilibradas al girar, ya perduran tiempo a tiempo y repiten los tiernos gemidos, deseando y recordando al primer amado.

»Emprendimos, pues, nuestro viaje de noche y día a Córdoba, hacia la cual se había adelantado ya la gente de caballería llevando anudada la felicidad en los tupés de sus montu-

(1) *Correspondencia...*, 1914, IV, página 349.

ras. Y cuando hicimos alto al exterior de aquélla, verdaderamente asombroso y admirable, y nos ordenamos en batalla en sus afueras de un plantío sorprendente, en tanto que ya los corazones aguardaban el auxilio de aquel que es, en verdad, bienhechor y largamente dadivoso, y deseaban que descendiesen los ángeles del Auxiliador y Amparador, y puestas ya las recuas a nuestra retaguardia en un lugar descartado de la acción, comenzamos a recitar unos con otros, las fórmulas del credo musulmán. Mas no habíamos cesado de mencionar al Amado, al que hace descender el auxilio, cuando aparecieron defensores de aquélla, de teas incendiarias, de abundantes restos de espada en actitud de realizar una crecida siega de las mieses, algunos cuerpos como nubes errantes y como olas henchidas de los océanos. Bajo la sombra protectora de los bravos campeones quedaron a cubierto crecidos contingentes de peones y arqueros.

»Salieron a hacer frente en el campo de batalla, de los señores de aquella (Córdoba), los alazanes semejantes a colinas firmes llevando por su parte inferior las protectoras cubiertas de malla, de sus jefes que ofrecieron en rescate de la cruz, para el día de su infortunio, sus almas generosas, y de sus puercos a los cuales apartaron de aceptar las pruebas fidedignas de la verdad de Dios y de su Profeta los opacos velos del error y las rocas de los corazones endurecidos.

»Y hubo entre ambas partes, delante del puente de la ciudad que la separa como un océano y a cuyo río decora con la plata y perlas de su ornato, una batalla que nunca fué trabada de manera tan entretejida, ni las revueltas noches trajeron horrores semejantes, en la cual fué marcado el héroe esforzado, se enrojecieron las blancas espadas cortantes, se encorvaron las partes de las lanzas inmediatas al hierro y el vallado perduraba intacto. Las gentes con rapidez se hacían blanco de los proyectiles de la corcova de la muerte, y las flechas cortas se mostraban a los caballeros. Luego llegaron las lanzas a entrelazarse y mezclarse y a quedar sus puntas aprisionadas entre las cotas de malla, como los peces en las redes. Después se confundieron los jefes con los subordinados, quedaron descartadas de la obra las piedras gruesas y los sables volvieron a estar como coronas sobre los grupos, después que se desbordaron los estanques de los abrevaderos como bahías. Fueron agarrados los riachuelos que forman las cotas de malla, y vinieron a ser un mar, y sobrevi-

no la lucha cuerpo a cuerpo sin que se viese otra cosa que unos cuellos pegados a otros como en abrazo de despedida, al modo como se juntan los que estuvieron divididos y como el responder al que grita y llama a la separación eterna. Las almas afectuosas demandaron obtener el don de la resistencia. De seguida este torrente acudió en auxilio de aquellas ondas henchidas, la reflexión ilustró las inteligencias, recobró la firme resolución toda su pureza más acrisolada y exclamó la lengua de la resistencia: ¡Tomadles la puerta! Saludaron de mañana las hoces cortantes a aquellas bandas de mieses; pues sus cascos de hierro ya estaban satisfechos de ser pisoteados en tierra y sus cabezas quedaban humilladas sin otro remedio que demandar perdón.

»Entonces fueron alzados los estandartes sobre aquellas torres limítrofes con las murallas, y las alas de la perdición se extendieron resonando sobre la ciudad, sino fuera que hay que conformarse con el límite y la medida impuestos por el destino. Después atravesamos su río y con el poder de Dios, la apretamos con violencia, estrechamos su cerco y la angustiamos haciendo que la rodeasen las perlas de las cúpulas blancas.

»Permanecemos en ella algunos días para que revoloteasen con deseo las aves de rapiña de las banderas sobre su presa y fuesen talados sus árboles corpulentos. Y el fuego se enseñoreó de sus comarcas y a no haber sido por las dificultades que ofreció la lluvia, seguramente hubiésemos alcanzado la conquista de esa morada solariega.

»Ante esto juzgamos conveniente domar la ciudad por el estragamiento y tala de sus plantaciones, y procurando que sobre sus llanuras de cultivo, y sus colinas se repitiesen sin cesar los ataques de los vientos asoladores, a fin de que se ablandase para el Islam el duro bocado de aquella y le fuese facilitada su benéfica herencia por virtud de Dios.

»Luego sobrevino el desbordamiento de su campo de batalla tras de los degüellos, cuando ya la sangre arrojó sus piedras contra el enemigo amedrentado, cuando a nuestra espalda se empujaban unos a otros los rebaños extendidos, como se empujan las olas de los mares, y después que insistimos todavía con terquedad firme en asolar sus dilatados huertos y cármenes extensos, haciéndola presentar un aspecto horrible, en lugar del bello que antes ofrecía. Una banda de su Señor había tornado alrededor de ella, que, en efecto, amaneció como un ser muti-

lado. Excitamos en los caballos del fuego el deseo del carbón ardiente y en las concavidades más profundas de los valles de aquella hicimos que descargasen las nubes de la perdición. Enviamos los vientos de las algaras, los cuales no dejaron cosa alguna a la cual llegasen, a no ser como podrida.

»Se nos opuso el río cuya extensión infundía pavor, y cuya espada de filo pulimentado causaba espanto. Dios lo facilitó después de la privación, y las manos quedaron libres para aprovechar la ocasión del pillaje en aquel vergel. Pues preguntamos a su demandante Asad ben Alfarat y nos contestó mostrando el pasaje. Entonces se hicieron generales el pillaje y la destrucción de todos los alfoques. Fué objeto de vituperio lo reservado, y del pillaje las cosas preciosas. Fueron derribados los castillos, arrancados de raíz los árboles y quebradas las ramas.

»Regresamos, y el repliegue de las banderas desconocía ya su desdoblamiento, las arrugas de los rostros de los guerreros de la fe no alteraban su aspecto alegre, las manos fuertemente adheridas a los objetos preciosos del despojo, sueltas las lenguas en agradecimiento a Dios, agitadas las espadas, pulidas las corazas de malla, los nobles corceles sofocados por volver desnudos a las cuadras, angustiados por los resoplidos de la cólera comprimida, nos miraban como mira el que reprocha, y tornaban de los hipódromos del cabalgar soberbio bajo los mantos habituales de las armas, como tornan los pequeñuelos a sus escuelas primarias. Y los tambores redoblaban por la lengua del poder, la firme resolución se ofrecía presta para gritar el retorno laudable, la diversa especie de las lanzas después de esa lucha, era extraordinaria y asombrosos los lotes de cautivos puestos delante en orden perfecto. Y el que descendió a los abrevaderos de las recompensas (divinas) no volvió de vacío, ni exceptuado. Las perspectivas de la estación futura descendiente de su hermana la lluviosa, provendrán según la aspiración venidera. Y Dios es quien tiene poder...»



Estas épicas descripciones hechas por el visir de los Alahmares son de gran interés, por cuanto confirman algunos sucesos tenidos hasta ahora por dudosos, y especialmente porque explica la retirada de los ejércitos coaligados de Don Pedro y Mohamed V.

El suceso dudoso, y aun negado por algunos autores como

Ramírez de Arellano, es la famosa batalla del Campo de la Verdad o batalla de los Visos, asunto principal de la tradición y la leyenda. La Crónica de López de Ayala no habla de ella, y en su consecuencia nuestro historiador cordobés da por supuesto que la batalla no se celebró.

Las referencias musulmanas son bien claras. Las descripciones detalladas de la batalla, algunas hechas por extenso y en los más patéticos tonos, como sucede en la carta dirigida al sultán de Túnez Abuishac antes copiada, no pueden ser más categóricas. Hubo, pues, batalla, como han sostenido todas las fuentes cordobesas y claramente describen también las islámicas.

No podemos entrar en detalles, como el de la toma de la Calahorra, que por entonces era una pequeña fortaleza o coracha, como dice la Crónica, dando motivo estos sucesos a que el siguiente año de 1369, el nuevo rey don Enrique, «pasando por Córdoba, mandó reparar el Puente, y hacer más capaz y fuerte la Fortaleza de la Carrahola» (1).

Si los musulmanes tomaron primero esta coracha, y los de-

(1) Catálogo de los Obispos de Córdoba, por Gómez Bravo, pág. 313.

La Calahorra (etimológicamente, torre defensiva, V. *Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental*, por don Leopoldo de Egui-laz, Granada, 1886, página 335), tal como hoy la conocemos es claramente una edificación del xiv, seguramente la que mandó edificar Enrique II en 1369 de que dejamos hecho mención. El torreón oriental está rehecho posteriormente, acaso en el xv, y solo conserva de la primera época la hilada de sillares a ras de tierra. La edificación que allí hubiera antes, llamada coracha por la Crónica de Ayala, debió ser más insignificante y pequeña, y tal vez no muy anterior en fecha, aunque algunos relatos de la reconquista de Córdoba hablen de la fortaleza allí existente. Nosotros no hemos encontrado en ningún relato o descripción de los musulmanes, anteriores a la reconquista, noticia alguna de fortaleza en el sitio de la Calahorra. (V. *La Calahorra*, por Mariano Sarazá Murcia, «Boletín de la Sociedad Cordobesa de Arqueología y Excursiones», Enero-Junio 1920 página 7).

Respecto al término «coracha», es interesante la erudita descripción que del mismo hace don Manuel González Simancas, en su obra *Plazas de guerra y castillos medioevales de la frontera de Portugal*, Madrid, 1910, extraído de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», página 93 y siguientes; en cuyo trabajo cita la Calahorra de Córdoba como la primera coracha mencionada en nuestras Crónicas castellanas, y señala como ejemplos de corachas la de Málaga, la de Alicante, la de Toledo y otras.

fensores de Córdoba mandados por Alfonso Fernández de Montemayor los desalojaron de ella, dándose seguidamente la batalla, como pretenden los autores locales clásicos; o si, al contrario, se dió primero la batalla, y a consecuencia de ella, aunque fuera terrible su acción, «los musulimes los rechazaron y vencieron, se apoderaron de una parte de aquellos muros», con lo cual parecen referirse a dicha fortaleza, como sostienen las fuentes musulmanas, es cosa poco clara.

Parece que esta segunda tesis fuera la más probable, porque de lo contrario no se hubiera acometido por los musulmanes el asedio de Córdoba durante cinco días, como hicieron a continuación.

La rotura del puente por los cordobeses parece probable puesto que en las cartas de Abenaljatib se habla siempre de que los musulmanes pasaban el río a nado, para venir a combatir las murallas.

Asunto para nosotros también muy dudoso, es el sitio por donde se iniciara el asalto, ya que siendo por el llamado Alcázar Viejo, no sabríamos deducir si este barrio estaba ya amurallado a la sazón, o si lo fué a consecuencia de estos sucesos, puesto que el recinto del mismo es del siglo xiv, por sus evidentes signos arqueológicos (1).

(1) El problema de las murallas de Córdoba exige renovación total en su estudio, porque se han dado constantemente como árabes, murallas que hay que calificar de mudéjares por la época de su construcción. Este es el caso de la muralla que circunda el barrio del Alcázar Viejo, en la que nosotros no vemos otras señales más que de construcción del xiv, y aún hay trozos como el lienzo meridional, ya paralelo al río, con sus torreones de planta peraltada contruidos de tapial, y los ochavados de cantería, gemelos de la Calahorra, (Ramírez de Arellano al tratar este asunto denota perspicacia arqueológica estableciendo la hermandad arqueológica de las fortalezas dichas, pero yerra suponiendo que esta última se llamara la torre de Guadacabrilla, sobre el camino de Sevilla, que evidentemente es la que aún se llama Torre de la Cabrilla en el término de Posadas), que podrían ser de los principios del xv. Gómez Moreno, el ilustre arqueólogo español, en su trabajo titulado *Excursión a través del arco de herradura*, también señala estas murallas del Alcázar Viejo como contruidas en el siglo xiv. Se impone por tanto la revisión de si el Alcázar Viejo estaba ya cercado a la fecha de esta batalla del Campo de la Verdad, o se cercó posteriormente, habiendo sido el lado flaco por

Pero lo más interesante de los textos que comentamos, y que abre gran luz al esclarecimiento de tan comentados sucesos, es la causa que obligó a don Pedro y a los granadinos a levantar el cerco de Córdoba. Esto era inexplicable en los relatos que se han conocido hasta hace poco. Y para darle explicación a lo que hasta ahora no la tenía, algún autor llegó a suponer que la batalla del Campo de la Verdad se dió al final del asedio y fué la que decidió definitivamente la contienda y obligó a retirarse a los aliados (1), hecho inexacto a todas luces.

Las cartas de la *Raihana* arriba copiadas, son categóricas: «...y a punto estábamos de conquistarla, si no lo hubieran impedido las lluvias...»; «Cuando aceleramos el combate... hizo Dios que descendiese la lluvia... y se hizo igual por su diluvio el terreno alto con el bajo»; «Fué grande el esfuerzo con este motivo y sobrevino quedar arma al brazo»; «A no haberlo impedido la lluvia ciertamente que se hubiese cumplido la promesa y la conquista»; «...y a no haber sido por las dificultades que ofreció la lluvia, seguramente hubiésemos alcanzado la conquista de esa morada solariega»; «Se nos opuso el río cuya extensión infundía pavor, y cuya espada de filo pulimentado causaba espanto.» Hé aquí bien claro, que una fuerte lluvia primaveral paralizó los combates y determinó una crecida del río que, no solo impedía los combates y anegaba los campamentos, sino que hizo imposible el paso del río a nado para venir a combatir las murallas.

Los aliados en vista de ello renuncian al asedio y emprenden la retirada, prometiendo volver pronto para la tala y saqueo de los campos, ahora imposibles por los encharcamientos y las sementeras todavía verdes.

Por esto dicen: «Mirando por las tropas que habían consumido sus municiones... no tener su provisión necesaria... temiendo que se corrompiesen los víveres... tener que preocuparnos de las camisas y de que nos afligiesen los lechos del cólico; como quiera que la lluvia vino a impedir que la lengua del fuego llegase a incendiarla...»

donde la morisma atacó, y exigiendo mayores defensas desde entonces. No hay que olvidar que la construcción del Alcázar cristiano en 1328 habría modificado las defensas de estos lugares de la ciudad. Nosotros tenemos en estudio este problema general de murallas.

(1) *Tradiciones cordobesas*, por varios literatos cordobeses, 1863, en la titulada «El Doble de Cepa», por don Rafael de Vida.

El regreso es rápido, acaso ya sin don Pedro, aun cuando los textos cristianos están dispares, y el objeto del mismo es ya únicamente la desolación y el saqueo. En la segunda carta al sultán de Fez se describe solamente esta expedición de castigo. Ya las sementeras prontas a recolectarse y los campos y caminos secos, era el tiempo propicio para esa expedición de saqueo.

Los hechos del año siguiente, con la batalla de Montiel y muerte de don Pedro, terminaron estos acontecimientos, que pusieron a Córdoba en grave riesgo de volver al Islam, mereciendo por ello sus heroicos defensores, a quienes la Providencia en forma de lluvia, ayudó de manera tan eficaz, el título de «ganadores de la ciudad», que para distinguirlos de los «conquistadores», se les viene otorgando desde entonces, y a los que con sus descendientes, la Iglesia de Córdoba les instituyó el doble funeral llamado «de la Cepa», para que los siglos venideros supieran siempre de donde arraigaba la definitiva consolidación de la cristiandad en Córdoba.

RAFAEL CASTEJÓN.

